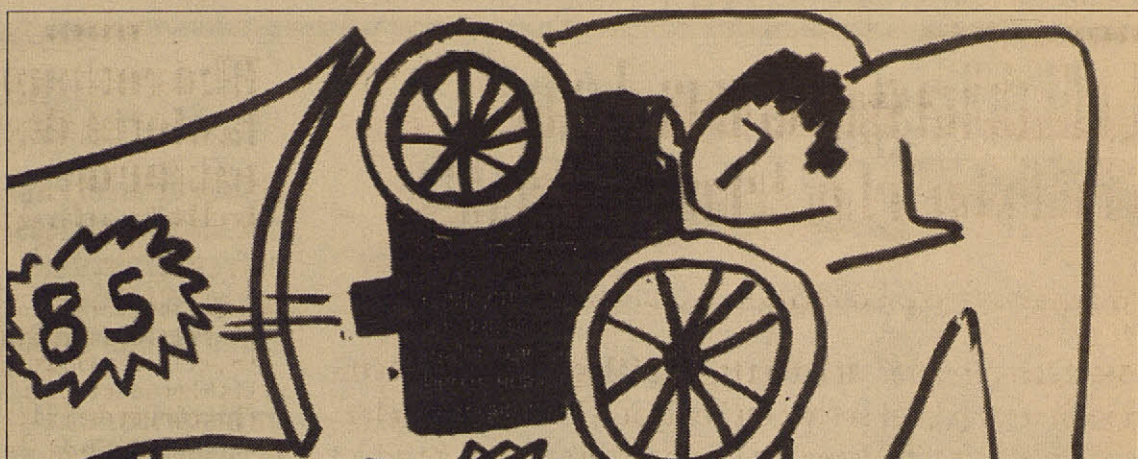


SEGUNDA PLA

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO



EL SOL/Rafael Zarza

Un libertino: Mario Soldati

MARIO SOLDATI, cumplidos ya los 85 años, ha vuelto a su ciudad, Turín, para estar presente en un tremendo simposio en su honor que ha durado 12 días. Soldati no quería asistir, y tuvieron que llevarle casi a rastras. No le gustan ni los críticos literarios ni los críticos de cine, y le molesta la *gente bonita*, la buena sociedad que se las da de culta. Algo se debía él sospechar, pues efectivamente la sala del Museo del Cine y el anfiteatro del Massimo estaban llenos de profesores, críticos y ensayistas, trajes como de figurín y deslumbrantes joyas que asomaban debajo de carísimos abrigos de pieles.

Mario Soldati sólo estuvo ante el público en un coloquio mano a mano con Norberto Bobbio, que resultó ser lo más divertido y creativo de todo lo que se dijo en su honor, excepción hecha de las proyecciones de muchas de sus películas. Críticos y ensayistas se quedaron, como dijo Alessio Altichieri, sin poder embalsamar a Mario Soldati, que pasó todos esos días recorriendo las *trattories* y los *caffè-tabacchi* que había frecuentado cuando vivía fijo en Turín; algunos periodistas dieron con él, y si alguno le caía bien, se dejaba entrevistar, cosa que no ocurrió muchas veces.

El simposio se titulaba *Mario Soldati, la escritura y la mirada*, aludiendo a las dos facetas de este hombre. En los años veinte y treinta, en Turín, se reunieron varios intelectuales que iban a ser luego muy conocidos. Eran el sardo Antonio Gramsci, que vivía en esa ciudad desde 1911, es decir, desde cuando tenía 20 años, y allí siguió, fundando con Togliatti el PCI y dirigiendo *L'Unità*, hasta que fue detenido en 1926 y condenado en 1928 a 20 años de cárcel, en Roma, en donde murió; Carlo Levi, novelista turinés nacido en 1902, desterrado por los fascistas a la Lucania, en donde escribió su obra más conocida, *Cristo se detuvo en Évoli*; Piero Gobetti, nacido el mismo año y también turinés, ensayista y autor de *La paradoja del espíritu ruso*, y que después de ser detenido y brutalmente torturado por la policía de Mussolini, consiguió huir a Francia, pero murió en un hospital de París, a consecuencia de las lesiones internas que los fascistas le habían provocado, en 1926, cuando tenía 24 años. Los más jóvenes del grupo eran: Norberto Bobbio, profesor de Filosofía y ensayista, sobre cuyo último y polémico libro, *De Hobbes a Marx*, escribí en febrero de este año, y en esta Segunda plana, un artículo llamado *Pensando en Bobbio*, evocación de una rocambolesca y divertida visita que le hice en Turín; Mario Soldati, nuestro personaje de hoy, al que estoy tratando de situar en su entorno, turinés y de la misma edad que Bobbio, creo, es decir, nacidos ambos en 1906; y por último, el extraordinario poeta y novelista Cesare Pavese, piamontés, de un pueblo cercano a Turín, llamado San Stefano Belbo, también desterrado por los fascistas y autor de dos valiosísimos libros de poesía, varias novelas y cuentos y un diario, *El oficio de vivir*; se suicidó en 1950, cuando tenía 42 años.

Vuelvo a Mario Soldati. No hizo como los demás escritores ya citados: era antifascista, pero no quería ni podía aguantar en una ciudad que nunca le gustó. Y se fue. Así apareció *América, primer amor*, y luego la sorpresiva narración *Salmacis*, que recuerdo muy bien; Salmacis es una ninfa de la mitología griega, que vivía en una fuente, a la que un día fue a bañarse Hermafrodita, un hijo de

Hermes y Afrodita: al ver tanta belleza, la ninfa se aferró a Hermafrodita y pidió a los dioses que nunca separaran sus cuerpos, cosa que los dioses concedieron, así como también el deseo de Hermafrodita de que cualquier hombre que se bañara en la fuente perdiera su virilidad. Esto, en versión de Soldati, resulta fascinante. Siguen *La casa del porqué*, *El arquitecto*, *El buen momento*...

Pero entre escrito y escrito, se va desarrollando su labor de director cinematográfico, en Italia y en América. Dirigió más de 30 películas, no todas de gran calidad, por supuesto. Se atrevía con todos los géneros, desde la intriga a la tragedia, pasando por lo que él llama *il divertimento*. Recuerdo, es normal, los filmes más logrados: *Pequeño mundo antiguo*, con la entonces joven Alida Valli; *Eugenia Grandet* y *La mujer del río*, con Sofia Loren. Y también *Guerra y paz*, que dirigió al alimón con King Vidor. En Turín, durante esos doce días que han dedicado a Mario Soldati, se ha pasado casi toda su obra como director: algo así como dos películas diarias. Y dos documentales de propina, bellísimos: *Viaje al Valle del Po* y *Pedazos de América*.

Mientras en una de las muchas mesas redondas, profesores y ensayistas intentaban hallar las raíces piamontesas y turinesas para montar cualquier barbaridad sobre la prosa tardorromántica del homenajeado, Soldati se despachaba a gusto en un café con un periodista del *Corriere*: "Me he abandonado siempre al pecado con arrebatos, con auténtico placer." O bien: "Cuando era joven escribía en primera persona; eso me permitió, en una narración, fingirme un viejo sesentón que se enamoraba de la mujer de su hijo preferido. Esto me excitaba muchísimo, porque yo adoraba a mi hijo. También la muchacha gozaba al pecar conmigo. Irse uno a la cama con su propia nuera, algo *puttana*: ¡es el placer máximo!" O: "Si empleo mi yo, pero en tercera persona, puedo jugar con el personaje de un famoso director de cine, sometido al placer que le da Olga, una joven amiga de su mujer, y que pide a la muchacha, para saberse aún más esclavo, que se siente, desnuda, sobre su rostro."

Mejor que no haya dicho estas cosas en público, ante la buena sociedad turinesa. Hay historias y declaraciones que, aunque los bienpensantes las lean con placer, su pudor les impide escucharlas en público. No ha faltado, naturalmente, un crítico turinés que ha declarado que Mario Soldati "es, intelectualmente, un libertino". Y el libertino seguía andando por las calles y plazas de su ciudad, de la que en Italia se dice que es "falsa y cortés", y él, como para contradecir, se mostró "auténtico y malcriado".

Siento no haber estado en el mano a mano entre Mario Soldati y Norberto Bobbio: dos viejos zorros, dos auténticos hombres de cultura, dos grandes amigos. La reseña del diálogo que sostuvieron es incompleta. Aun así, leo que Bobbio le hizo contar historias de su juventud. "¿Te acuerdas, Mario, de *El casto gallo*?" "Ah, sí, una canción que escribí en 1923 o así." "¿Y tú eras el casto gallo, no?" "Sí, sí, entonces soñaba siempre en mujeres, pero nada; estaba atormentado con eso de las mujeres, y sólo después de casado, empecé a tener éxito con otras muchachas..." "Eres un gran embustero" "¡Pues anda que tú...!"

¿A quién querían embalsamar los críticos, profesores y entendidos? Mario Soldati no les sirve: que busquen a otro.